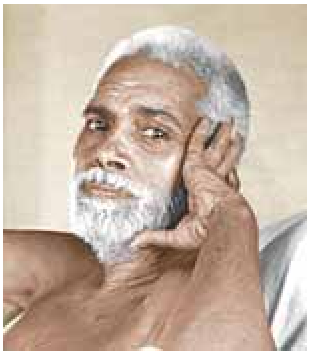
BHAGAWAN RAMANA



BHAGAVAN RAMANA

Por
T. M. P. MAHADEVAN, M. A., Ph. D.
Profesor de Filosofía, Universidad de Madras

PREFACIO

El ensayo presente se escribió originalmente para un libro sobre *The Saints*; y aparece como Introducción General en una obra sobre Bhagavan titulada «Ramana Maharshi y Su Filosofía de la Existencia». Como se considera que este ensayo puede ser de interés para los lectores en general, se ha editado por separado también en forma de un folleto.

¡Qué Bhagavan acepte esta ofrenda!

Día de Aradhana T. M. P. MAHADEVAN, 5 de mayo de 1959.

INVOCACIÓN

¡Oh Vinayaka!, que escribió en un pergamino (en las laderas del Monte Meru) las palabras del Gran Sabio (es decir, Vyasa) y que preside la victoriosa Arunachala, elimina la desazón (es decir, *maya*), que es la causa de repetidos nacimientos, y protege graciosamente la gran Fe Noble (la filosofía y religión de las *Upanishads*) que rebosa con la miel del Sí mismo.

Ésta es una oración al Señor Ganesa, el Eliminador de todos los obstáculos, compuesta por Bhagavan Sri Ramana. Hace referencia a la historia de los *Puranas* en que Ganesa sirvió como escriba a Vyasa y transcribió el *Mahabharata*, y aquí se invoca Su Gracia para la protección de la filosofía *Vedanta*. El verso impreso en tamil es un facsímil de un manuscrito del propio Bhagavan.

BHAGAVAN RAMANA

Las Escrituras nos dicen que es tan difícil rastrear la vía que sigue un sabio como trazar una línea que marque el curso que sigue un pájaro en el aire mientras vuela. La mayoría de los humanos tienen que contentarse con un viaje lento y laborioso hacia la meta. Pero unos pocos nacen como adeptos al vuelo sin detención hacia el hogar común de todos los seres — el supremo Sí mismo. La generalidad de la humanidad toma aliento cuando aparece un tal sabio. Aunque es incapaz de seguirle el paso, se siente elevada en su presencia, y tiene un goce anticipado de la felicidad, comparado con el cual los placeres del mundo palidecen en nada. Incontables gentes que fueron a Tiruvannamalai durante la vida de Maharshi Sri Ramana, tuvieron esta experiencia. Vieron en él a un sabio sin el menor toque de mundanalidad, un santo de pureza incomparable, un presenciador de la verdad eterna del *Vedanta*. No es muy a menudo que un genio espiritual de la magnitud de Sri Ramana visita esta tierra. Pero cuando tal acontecimiento sucede, la humanidad entera se beneficia y una nueva era de esperanza se abre ante ella.

Cerca de treinta millas al sur de Madurai hay una aldea, de nombre Tirucculi, que tiene un antiguo templo de Siva acerca del cual han cantando alabanzas dos de los más grandes santos tamiles, Sundaramurti y Manikkavacakar. En esta sagrada aldea vivió, en la última parte del siglo diecinueve, un abogado sin titulación, Sundaram Aiyar, con su esposa Alagammal. La piedad, devoción y caridad caracterizaban a esta pareja ideal. Sundaram Aiyar era generoso por encima de sus posibilidades. Alagammal fue una esposa hindú ideal. De esta pareja nació Venkataraman —que posteriormente llegó a ser conocido en el mundo como Ramana Maharshi— el 30 de diciembre de 1879. Era en un día auspicioso para los hindúes, el día de *Ardra-darsanam*. En este día todos los años se saca de los templos, en procesión, la imagen del Siva danzarín, Nataraja, para celebrar la gracia divina del Señor, que Le hizo aparecer ante santos tales como Gautama, Patanjali, Vyaghrapada y Manikkavacaka. En el año 1879, el día de Ardra, se sacó la Imagen de Nataraja del templo de Tirucculi con todas las ceremonias acompañantes,

y justo en el momento en que se iba a meter de nuevo, nació Venkataraman. No hubo nada marcadamente distintivo en los primeros años de la vida de Venkataraman. Creció como un muchacho común. Asistió a una escuela primaria en Tirucculi, y después a otra en Dindigul para recibir un año de educación. Cuando tenía doce años, su padre murió. Esto provocó la necesidad de que volviese a Madurai junto con su familia, y se quedase a vivir con su tío paterno Subbaiyar. Allí asistió a la Escuela Secundaria de Scott y luego a la Escuela Superior de la Misión Americana. Era un estudiante indiferente, y que no se tomaba en serio sus estudios. Pero era un muchacho sano y fuerte. Sus compañeros de escuela y otros temían su fuerza. Si alguno de ellos tenía algún tipo de agravio contra él en cualquier momento, sólo se atrevía a hacerle travesuras cuando estaba dormido. En esto él era más bien inusual: no sabía nada de lo que le ocurría durante el sueño profundo. Se le podía trasladar de un sitio a otro, o incluso golpear, sin que se despertase en el proceso.

Aparentemente por accidente Ventaramam oyó algo sobre Arunachala cuando tenía dieciséis años de edad. Un día, un pariente visitó a la familia en Madurai. El muchacho le preguntó que de dónde había venido. El pariente respondió: «de Arunachala». El mismo nombre de «Arunachala» actuó como un encanto mágico en Venkataraman, y con una excitación evidente, le hizo una pregunta más al caballero: «¡Qué!, ¡de Arunachala!, ¿Dónde está?» Y obtuvo la respuesta de que Tiruvannamalai era Arunachala.

Refiriéndose a este incidente, el Sabio dice después en uno de sus himnos a Arunachala: «¡Oh, gran maravilla! Se levanta como una colina insenciente. Su acción es difícil de comprender para cualquiera. Desde mi niñez apareció a mi inteligencia que Arunachala era algo muy grande. Pero incluso cuando llegué a saber, a través de otro, que era lo mismo que Tiruvannamalai, no comprendí su significado. Cuando, aquietando mi mente, me atrajo hasta ella, y me acerqué, encontré que era lo Inmutable».

Muy poco tiempo después del incidente que atrajo la atención de Venkataraman a Arunachala, hubo otro acontecimiento que contribuyó también al giro de la mente del muchacho hacia los valores más profundos de la espiritualidad. Sucedió que cayó en sus manos una copia del *Periyapuranam* de Sekkilar, que cuenta las vidas de los santos Saivas. Leyó

el libro y quedó subyugado por él. Ésta fue la primera obra de literatura religiosa que leyó. El ejemplo de los santos le fascinó; y en lo más recóndito de su corazón encontró algo que respondía favorablemente. Sin ninguna aparente preparación anterior, surgió en él un anhelo de emular el espíritu de renunciación y de devoción que constituía la esencia de la vida santa.

La experiencia espiritual que ahora, devotamente, deseaba tener Venkataraman, vino a él con prontitud, y de manera completamente inesperada. Fue a mediados del año 1896; Venkataraman tenía entonces diecisiete años. Un día estaba sentando solo en el primer piso de la casa de su tío, y en perfectas condiciones de salud. No tenía ningún malestar. Pero un repentino e inconfundible miedo de la muerte se apoderó de él. Sintió que iba a morir. Él no sabía porque le había venido esta sensación. Sin embargo, la sensación de la muerte inminente no le enervó. Pensó con calma sobre lo que debía hacer. Se dijo a sí mismo: «Ahora, ha llegado la muerte. ¿Qué significa? ¿Qué es eso que está muriendo? Este cuerpo muere». Inmediatamente después se acostó extendiendo sus miembros y dejándolos rígidos, como si se hubiera producido el *rigor mortis*. Contuvo la respiración y mantuvo sus labios fuertemente cerrados, de modo que bajo todas las apariencias exteriores su cuerpo pareciera un cadáver. ¿Qué ocurriría ahora? Esto fue lo qué pensó: «Bien, ahora este cuerpo está muerto. Será llevado al campo de cremación, y allí será quemado y reducido a cenizas. Pero con la muerte de este cuerpo, ¿estoy yo muerto? ¿Es el cuerpo yo? Este cuerpo está silencioso e inerte. Pero yo siento toda la fuerza de mi personalidad e incluso la voz del "yo" dentro de mí, aparte de él. Así pues, yo soy el espíritu que transciende el cuerpo. El cuerpo muere, pero el Espíritu que le transciende no puede ser tocado por la muerte. Eso significa que yo soy el Espíritu inmortal». Tal como Bhagavan Sri Ramana contó esta experiencia posteriormente para beneficio de sus devotos, parecía como si esto fuera un proceso de razonamiento. Pero puso mucho cuidado en explicar que esto no fue así. La realización vino a él como un relámpago. Percibió la verdad directamente. «Yo» era algo muy real, la única cosa real. El miedo de la muerte se había desvanecido para siempre. Desde entonces en adelante, «yo» continuó como la nota *sruti* fundamental, que subyace y se mezcla con todas las demás notas. Así pues, el joven Venkataraman se encontró en la cima de la espiritualidad sin ninguna *sadhana* ardua o prolongada. El ego se perdió en la inundación

de la consciencia del Sí mismo. De repente, el muchacho que solía ser llamado Venkataraman, había florecido como un sabio y santo.

Se notó un cambio completo en la vida del joven sabio. Todo aquello que había valorado anteriormente, ahora había perdido su valor. Los valores espirituales que había ignorado hasta entonces, devinieron los únicos objetos de atención. Los estudios de la escuela, los amigos, las relaciones —nada de esto tenía ahora ninguna significación para él. Se volvió totalmente indiferente a su entorno. La humildad, la mansedumbre, la no-resistencia y demás virtudes devinieron su adorno. Evitando la compañía, prefería sentarse solo, totalmente absorbido en la concentración en el Sí mismo. Iba al templo de Minaksi todos los días, y experimentaba una gran exaltación cada vez que se ponía delante de las imágenes de los dioses y los santos. Las lágrimas manaban de sus ojos profusamente. La nueva visión estaba constantemente con él. La suya era la vida transfigurada.

El hermano mayor de Venkataraman observó el gran cambio que le había sobrevenido. En varias ocasiones reprochó al muchacho su comportamiento indiferente y semejante al de los *yoguis*. Cerca de seis semanas después de la gran experiencia, se produjo la crisis. Fue el 29 de agosto de 1896. El maestro de inglés de Venkataraman le había pedido, como castigo por su indiferencia en los estudios, que copiara una lección de la Gramática de Bain tres veces. El muchacho la copió dos veces, pero se detuvo ahí, al darse cuenta de la completa futilidad de aquella tarea. Arrojando el libro y los papeles, se sentó con la espalda recta, cerró sus ojos, y se volvió hacia adentro en meditación. El hermano mayor, que estaba observando el comportamiento de Venkataraman todo el tiempo, se acerco a él y dijo: «¿Cuál es la utilidad de todo esto para el que es así?» Esto era obviamente un reproche hacia las maneras no mundanas de Venkataraman, que incluían el descuido de sus estudios. Venkataraman no dio ninguna respuesta. Se admitió a sí mismo que no servía para nada pretender estudiar y ser su antiguo sí mismo. Decidió abandonar su hogar, y recordó que había un lugar donde ir, a saber, Tiruvannamalai. Pero si expresaba su intención a sus mayores, ellos no le dejarían ir. Así pues, tuvo que usar una estratagema. Dijo a su hermano que tenía que ir a la escuela para asistir a una clase especial ese mediodía. Por consiguiente, el hermano le pidió que cogiese cinco rupias de la caja, y que pagase sus

honorarios en el colegio donde estaba estudiando. Venkataraman bajó las escaleras; su tía le sirvió la comida, y le dio las cinco rupias. Sacó un mapa que había en la casa, y advirtió que la estación de ferrocarril más cercana a Tiruvannamalai era Tindivanam. Sin embargo, se había construido una ramificación de la línea hasta el mismo Tiruvannamalai. El mapa era antiguo, de manera que esto no venía reflejado allí. Calculando que tres rupias serían suficiente para el viaje, Venkataraman tomó esa cantidad y dejó el resto junto con una carta en un lugar de la casa donde su hermano pudiera encontrarlos fácilmente, y emprendió su viaje hacia Tiruvannamalai. Esto fue lo que escribió en aquella carta: «He partido en busca de mi Padre, de acuerdo con su mandato. Esto (refiriéndose a su persona) solo se ha embarcado en una empresa virtuosa. Por consiguiente, nadie debe apenarse por este acto. Y no hay que gastar ningún dinero en la búsqueda de esto. Los honorarios del colegio de esto no se han pagado. Junto con esto, dos rupias».

Había una maldición en la familia de Venkataraman —en verdad, era una bendición— de que uno de cada generación se convertiría en un mendicante. Esta maldición fue pronunciada por un asceta errante que, se dice, pidió limosna en casa de unos antepasados de Venkataraman, y fue rechazado. Un tío paterno de Sundaram Aiyar devino un *sannyasin*; lo mismo hizo el hermano mayor de Sundaram Aiyar. Ahora, era el turno de Venkataraman, aunque nadie podía haber previsto que la maldición se llevaría a cabo de esta manera. El desapasionamiento encontró refugio en el corazón de Venkataraman, y él devino un *parivrajaka*.

El viaje que hizo Venkataraman de Madurai a Tiruvannamalai fue épico. Alrededor del mediodía, abandonó la casa de su tío. Caminó hasta la estación de ferrocarril, que estaba a una milla de distancia. Afortunadamente, el tren llevaba retraso aquel día, de lo contrario, lo habría perdido. Miró la lista de precios, y supo que el importe del billete de tercera clase a Tindivanam era de dos rupias y trece annas. Compró el billete, y guardó el cambio, que era de tres annas. Si hubiera sabido que había una línea de ferrocarril hasta el mismo Tiruvannamalai, y si hubiera consultado la lista de precios, se hubiera dado cuenta de que costaba exactamente tres rupias. Cuando llegó el tren, se subió tranquilamente y tomó su asiento. Un maulvi que también estaba viajando, entabló conversación con Venkataraman, y le dijo que había un servicio de tren a

Tiruvannamalai, y que no había necesidad de ir a Tindivanam, pero que podía cambiar de tren en Viluppuram. Era una información de gran utilidad. Era noche cerrada cuando el tren llegó a Tiruccirappalli. Venkataraman estaba hambriento; compró dos peras por media anna, y sorprendentemente con el primer bocado su hambre se aplacó. A las tres de la mañana aproximadamente, el tren llegó a Viluppuram. Allí, Venkataraman bajó del tren con la intención de completar el resto del viaje hasta Tiruvannamalai a pie.

Al alba entró en la ciudad, y se puso a buscar la señalización a Tiruvannamalai. Vio una señalización que decía «Mambalappattu», pero entonces no sabía que Mambalappattu estaba en el itinerario a Tiruvannamalai. Antes de hacer más esfuerzos para averiguar qué camino tenía que tomar, quiso descansar un poco, porque se encontraba cansado y hambriento. Se acercó a un hotel, y pidió alimento. Tuvo que esperar hasta mediodía para que la comida estuviera lista. Después de comer, ofreció dos annas como pago. El propietario del hotel le preguntó cuánto dinero tenía. Cuando Venkataraman le dijo que sólo tenía dos annas y media, declinó aceptar el pago. Gracias a él, Venkataraman pudo saber que Mambalappattu era un lugar que se encontraba de camino a Tiruvannamalai. Venkataraman regresó a la estación de Viluppuram y compró un billete a Mambalappattu para cuyo destino resultaba suficiente el dinero que tenía.

Venkataraman llegó en tren a Mambalappattu poco después del mediodía. Desde allí se encaminó hacia Tiruvannamalai. Anduvo unos veinticinco kilómetros aproximadamente, hasta bien entrada la tarde. En las cercanías estaba el templo de Arayaninallur, construido sobre una gran roca. Se dirigió allí, esperó a que abrieran las puertas, entró y se sentó en la sala de las columnas. Allí tuvo una visión —una visión de luz brillante que envolvía todo el lugar. No se trataba de luz física. Brilló por algún tiempo, y luego desapareció. Venkataraman continuó sentado en un ánimo de meditación profunda, hasta que fue despertado por los sacerdotes del templo que querían cerrar las puertas e ir a otro templo que estaba en Kilur, a un kilómetro y medio de distancia, para asistir al servicio religioso. Venkataraman les siguió, y mientras se hallaba dentro del templo, se perdió de nuevo en samadhi. Después de acabar sus deberes, los sacerdotes le despertaron, pero no le dieron ningún alimento.

El tamborilero del templo, que había estado observando el rudo comportamiento de los sacerdotes, les imploró que dieran su parte de la comida del templo al extraño joven. Cuando Venkataraman pidió un poco de agua para beber, le dijeron que se dirigiera a la casa de un tal Sastri, que se encontraba a cierta distancia. Mientras se encontraba en esa casa, se desmayó y cayó al suelo. Algunos minutos después, volvió en sí, y vio un pequeño cuervo que le miraba con curiosidad. Bebió agua, tomo algo de alimento y se echó a dormir.

A la mañana siguiente, se despertó. Era el 31 de agosto de 1896, *Gokulastami*, el día de nacimiento de Sri Krishna. Venkataraman reanudó su viaje y caminó durante bastante tiempo. Sentía hambre y cansancio. De modo que, primero, comería algo, y luego iría a Tiruvannamalai, en tren si fuera posible. Se le ocurrió que podría vender los pendientes de oro que llevaba y conseguir el dinero que necesitaba. Pero ¿cómo iba a conseguirlo? Se detuvo en el exterior de una casa que resultó pertenecer a un tal Muthukrishna Bhagavatar. Pidió alimento al Bhagavatar, quien le envió a la ama de casa. La piadosa mujer se vio complacida por recibir al joven sadhu, y le alimentó en el auspicioso día del nacimiento de Sri Krishna. Después de comer, Venkataraman se dirigió de nuevo al Bhagavatar y le dijo que quería empeñar sus pendientes por cuatro rupias para poder completar su peregrinaje. Los anillos valían unas veinte rupias, pero Venkataraman no necesitaba tanto dinero. El Bhagavatar examinó los pendientes, dio a Venkataraman el dinero que había pedido, y en un pedazo de papel anotó la dirección del joven, así como la suya propia, diciéndole que podía recuperar los anillos en cualquier momento. Venkataraman almorzó en casa del Bhagavatar. La piadosa mujer le dio un paquete de dulces que había preparado para Gokulastami. Venkataraman se despidió de la pareja, rompió la dirección que le había dado el Bhagavatar —ya que no tenía intención de recuperar los pendientes— y se dirigió a la estación de ferrocarril. Como no había tren hasta la mañana siguiente, pasó allí la noche. En la mañana del 1 de septiembre de 1896, tomó el tren a Tiruvannamalai. El viaje duró poco tiempo. Al apearse del tren, se apresuró para llegar al gran templo de Arunacalesvara. Todas las puertas estaban abiertas de par en par — incluso las del santuario interior. El templo estaba entonces vacío de gente —incluso de sacerdotes. Venkataraman entró en el *sanctum sanctorum*, y al ponerse delante de su Padre Arunacalesvara, experimentó un gran éxtasis,

y una alegría indescriptible. La jornada épica había finalizado. El barco había llegado salvo a puerto.

El resto de lo que consideramos como la vida de Ramana —así es como le llamaremos de aquí en adelante— la pasó en Tiruvannamalai. Ramana no fue iniciado formalmente en el *sannyasa.* Cuando salió del templo y caminó por las calles de la ciudad, alguien le llamó y le preguntó si quería que le afeitaran la cabeza. Dio su consentimiento, y le llevaron hasta el estanque de Ayyankulam, donde un barbero le afeitó la cabeza. Luego, permaneciendo de pie en los escalones del estanque, lanzó al agua el dinero que le quedaba. También desechó el paquete de dulces que le había dado la esposa del Bhagavatar. Lo siguiente fue el cordón sagrado que había estado usando. Al volver al templo se preguntaba por qué debería dar a su cuerpo el lujo de un baño, cuando la lluvia ya le había empapado.

El primer lugar de residencia de Ramana en Tiruvannamalai fue el gran templo. Durante algunas semanas permaneció en la sala de los mil pilares. Pero había algunos granujillas que le molestaban tirándole piedras cuando meditaba. Se trasladó a lugares sombríos, e incluso a una cueva subterránea conocida como *Patala-lingam*. Imperturbable, solía pasar varios días en profunda absorción. Sin moverse, se sentaba en *samadhi*, sin ser consciente ni siquiera de los mordiscos de bichos e insectos. Pero los traviesos niños pronto descubrieron su retiro y dieron paso al pasatiempo de tirar cascotes al joven *Swami*. En aquella época había en Tiruvannamalai un *Swami* importante de nombre Seshadri. Los que no le conocían le tomaban por un loco. A veces custodiaba al joven *Swami*, y echaba a los gamberros. Al final, los devotos le sacaron de la cueva sin que él fuese consciente de ello, y le depositaron cerca de un santuario de Subrahmanya. Desde entonces en adelante, siempre había alguien que cuidase de Ramana. El lugar de residencia tenía que cambiarse frecuentemente. Se escogieron jardines, arboledas y santuarios —para refugiar al *Swami*. El *Swami* no hablaba nunca. No era porque hubiese hecho voto alguno de silencio, sino porque no tenía ninguna inclinación a hablar. A veces, se solía recitarle textos como el *Vasistham* y *Kaivalyanavanitam*.

Poco menos de seis meses después de su llegada a Tiruvannamalai, Ramana cambió su residencia a una santuario llamado Gurumurtam a petición sincera de su guarda, un tal Tambiranswami. Según iban pasando los días y se iba extendiendo la fama de Ramana, un número cada vez mayor de peregrinos y visitantes venían a verle. Después de una estancia de un año aproximadamente en Gurumurtam, el *Swami* —en la localidad se le conocía como Brahmana-swami— se mudó a un huerto de mangos cercano. Fue aquí hasta donde le siguió la pista uno de sus tíos, Nelliyappa Aiyar, que era abogado asistente en Manamadurai. Al saber por medio un amigo que Venkataraman era entonces un *Sadhu* reverenciado en Tiruvannamalai, fue allí a verle. Hizo todo lo que pudo para llevarse a Ramana con él a Manamadurai. Pero el joven sabio no respondió. No mostró signo alguno de interés por el visitante. Así pues, Nelliyappa Aiyar regresó decepcionado a Manamadurai. Sin embargo, llevó la noticia a Alagammal, madre de Ramana, quien se dirigió a Tiruvannamalai acompañada del hijo mayor.

Ramana vivía entonces en Pavalakkunru, una de las estribaciones orientales de Arunachala. Con lágrimas en los ojos, Alagammal suplicó a Ramana que regresara con ella, pero en lo que al sabio se refiere, ya no había vuelta atrás. Nada le conmovió —ni siquiera los lamentos y llantos de su madre. Se mantuvo callado sin dar respuesta alguna. Un devoto que había estado observando el esfuerzo realizado por la madre durante varios días, pidió a Ramana que, al menos, escribiera lo que tuviera que decir. El sabio escribió en un pedazo de papel, de una manera bastante impersonal, lo siguiente: «De acuerdo con el *prarabdha* de cada uno, Aquel cuya función es mandar, hace *actuar* a todos. Lo que no tiene que ocurrir, nunca ocurrirá, por mucho empeño que se ponga. Y lo que tiene que ocurrir, no dejará de hacerlo, por mucho que se haga para impedirlo. Esto es seguro. La verdadera sabiduría, por lo tanto, es permanecer quieto».

Decepcionada y con el corazón pesaroso, la madre volvió a Manamadurai. Un tiempo después de este evento, Ramana subió a la colina de Arunachala y empezó a vivir en una cueva llamada Virupaksa, en honor de un santo que vivió y fue enterrado allí. Aquí también vino la multitud, en la cual había algunos buscadores serios que, posteriormente, solían hacerle preguntas respecto a la experiencia espiritual o traían libros sagrados para que les explicara algunos aspectos. Ramana escribía a veces

sus respuestas y explicaciones. Uno de los libros que le trajeron durante este período fue el *Vivekacudamani* de Sankara, que más tarde tradujo en prosa tamil. También algunas personas sencillas sin cultura se acercaban a él para buscar consuelo y guía espiritual, como Echammal que, habiendo perdido a su marido, a su hijo e hija, estaba desconsolada, hasta que el Destino le guió a la presencia de Ramana. Tomó la resolución de visitar al *Swami* todos los días, y asumió la tarea de llevar alimento tanto a él como a aquellos que vivían con él.

En 1903 llegó a Tiruvannamalai un gran erudito de sánscrito y *sabio*, Ganapati Sastri, conocido también como Ganapati Muni, debido a las austeridades que había estado observando. Tenía el título de *Kavya-kantha*, (el que tiene poesía en su garganta), y sus discípulos se dirigían a él como *nayana* (padre). Era un especialista en la adoración de la Divina Madre. Visitó a Ramana en la cueva de Virupaksa bastantes veces. En una ocasión en 1907 le asaltaron ciertas dudas respecto a sus propias prácticas espirituales. Subió a la colina, vio a Ramana sentado solo en la cueva, y se expresó de la siguiente manera: «He leído todo lo que hay que leer; incluso he comprendido totalmente el *Vedanta sastra*; he hecho *japa* hasta la saciedad, pero hasta ahora no he comprendido lo que es *tapas*. Por consiguiente, he buscado refugio en sus pies. Por favor, ilumíneme en cuanto a la naturaleza de *tapas*». Ramana respondió, ahora mediante palabras: «Si uno observa de dónde surge la noción “yo”, la mente se absorbe ahí; eso es *tapas*. Cuando se repite un *mantra*, si uno observa de dónde surge ese sonido del *mantra*, la mente se absorbe ahí; eso es *tapas*». Estas palabras fueron como una revelación para el erudito; sintió que la gracia del sabio le envolvía. Él fue quien proclamó que Ramana era *Maharshi* y *Bhagavan*. Compuso himnos en sánscrito en alabanza del sabio, y también escribió el *Ramana-gita* explicando sus enseñanzas.

La madre de Ramana, Alagammal, después de regresar a Manamadurai, perdió a su hijo mayor. Dos años después, su hijo menor, Nagasundaram hizo una breve visita a Tiruvannamalai, adonde ella misma también acudió una vez, a su regreso de un peregrinaje a Varanasi, y de nuevo durante una visita a Tirupati. En esta ocasión cayó enferma y sufrió durante varias semanas síntomas de tifoidea. Ramana mostró una gran solicitud en cuidarla y hacer que recuperase la salud. Hasta compuso un himno en tamil rogando al Señor Arunachala que le curarse de su

enfermedad. El primer verso del himno dice lo siguiente: «¡Oh Medicina en forma de una Colina que surgió para curar la enfermedad de todos los nacimientos que vienen en sucesión como las olas! ¡Oh Señor!, es Tu deber salvar a mi madre que considera Tus pies como su único refugio, curándole la fiebre». También oró para que se le otorgase a su madre la visión divina, y se liberara de la mundanalidad. Es innecesario decir que ambas oraciones fueron atendidas. Alagammal se recuperó, y volvió a Manamadurai, pero poco tiempo después regresó a Tiruvannamalai; a continuación le siguió su hijo menor, Nagasundaram, que entretanto había perdido a su esposa, con quien tenía un hijo. La madre vino a comienzos de 1916, y decidió pasar el resto de su vida con Ramana. Poco después de la llegada de su madre, Ramana se trasladó de Virupaksa a Skandasramam, que estaba un poco más arriba en la colina. La madre recibió instrucción en la intensa vida espiritual. Se puso la túnica ocre, y se encargó de la cocina del Asrama. Nagasundaram se hizo también *sannyasin*, con el nombre de Niranjanananda. Entre los devotos de Ramana llegó a ser conocido popularmente como Chinnaswami (el *Swami* más joven). En 1920 se debilitó la salud de la madre y tuvo los achaques propios de la vejez. Ramana la cuidó con solicitud y afecto, y pasó noches enteras sin dormir sentado con ella. El fin llegó el 19 de mayo de 1922, que es el día de *Bahulanavami*, en el mes de *Vaisakha*. El cuerpo de la madre se bajó de la colina para enterrarlo. El lugar elegido estaba en el punto más meridional, entre el estanque de Palitirtham y el Daksinamurti Mantapam. Mientras se realizaban las ceremonias, Ramana mismo permaneció observando en silencio. Niranjanananda Swami fijó su residencia cerca de la tumba. Ramana, que seguía viviendo en Skandasramam visitaba la tumba todos los días. Después de unos seis meses aproximadamente vino a quedarse allí, como dijo más tarde, no por propia voluntad, sino en obediencia a la Voluntad Divina. Así se fundó el Ramanasramam. Se construyó un templo sobre la tumba y se consagró en 1949. Según fueron pasando los años, el Asramam siguió creciendo, y la gente no sólo de la India, sino de todos los continentes del mundo, vino a ver al sabio y a recibir ayuda en su búsqueda espiritual.

El primer devoto occidental de Ramana fue F. H. Humphrys. Llegó a la India en 1911 para ocupar un puesto en el servicio de Policía de Vellore. Muy dado a la práctica del ocultismo, fue en busca de un *Mahatma*. Su tutor de telugu le presentó a Ganapati Sastri, y éste le llevó a Ramana. El

inglés quedó grandemente impresionado. Escribiendo acerca de su primera visita al sabio en la *Gaceta Síquica Internacional (International Psychic Gazette)*, dijo: «Al llegar a la cueva nos sentamos ante él, a sus pies, y no dijo nada. Nos sentamos así durante mucho tiempo, y me sentí elevado fuera de mí mismo. Durante media hora no dejé de observar los ojos del Maharshi, que nunca cambiaron su expresión de contemplación profunda… El Maharshi es un hombre más allá de toda descripción en su expresión de dignidad, gentileza, autocontrol y tranquila fuerza de convicción». Las ideas de Humphrys sobre la espiritualidad cambiaron para mejor como resultado del contacto con Ramana. Repitió sus visitas al sabio. Reflejó sus impresiones en sus cartas a un amigo de Inglaterra, que se publicaron en la *Gaceta* mencionada anteriormente. En una de ellas escribió: «No se puede imaginar nada más bello que su sonrisa». Y también: «¡Es extraño qué cambio se opera en uno por haber estado en su Presencia!»

No toda la gente que iba al Asrama era buena. A veces también venían malos —incluso *sadhus* malos. Dos veces en el año 1924 los ladrones asaltaron el Asrama en busca de un botín. En la segunda ocasión, hasta golpearon al Maharshi, al darse cuenta de que había muy poco para llevarse. Cuando uno de los devotos pidió permiso al sabio para castigar a los ladrones, éste se lo prohibió, diciendo: «Ellos tienen su *dharma*, y nosotros el nuestro. Tenemos que soportar y contenernos. No interfiramos en su actuación». Cuando uno de los ladrones le golpeó en la pierna izquierda, le dijo: «Si no está satisfecho también me puede golpear en la otra». Cuando se hubieron ido los ladrones, un devoto preguntó sobre la paliza. El sabio observó: «También he recibido alguna puja», haciendo un juego de palabras, puesto que esta palabra significa «adoración», y también «golpes».

El espíritu de no violencia que rodeaba al sabio y a su entorno, hacía que incluso los pájaros y los animales entablasen amistad con él. Les mostraba la misma consideración que a los humanos que venían a verle. Cuando se refería a alguno de ellos, utilizaba el tratamiento «él» o «ella» en lugar del neutro «ello». Los pájaros y las ardillas construían sus nidos en torno suyo. Las vacas, los perros y monos encontraban asilo en el Asrama. Todos ellos se comportaban de una manera inteligente —en especial la vaca Laksmi. Ramana conocía sus maneras muy íntimamente.

Se preocupaba de que se les alimentara adecuadamente y bien, y cuando alguno de ellos moría, se les enterraba con la debida ceremonia. La vida en el Asrama fluía dulcemente. Con el paso del tiempo cada vez venían más visitantes —algunos para una corta estancia y otros por períodos de tiempo más prolongados. Las dimensiones del Asrama aumentaron, y se añadieron nuevos características y departamentos —un hogar para el ganado, una escuela para el estudio de los *Vedas*, un departamento de publicaciones, el templo de la Madre con un culto regulador, etc. Ramana se sentaba la mayor parte del tiempo en la sala que se había construido para este fin como el presenciador de todo lo que ocurría a su alrededor. No estaba nunca inactivo. Solía coser hojas para hacer platos, cocinar verduras, leer las pruebas que le enviaban de la imprenta, ver periódicos y libros, sugerir respuestas a las cartas recibidas, etc.; y sin embargo, era bastante evidente que estaba aparte de todo. Recibió numerosas invitaciones para emprender viajes, pero nunca se movió de Tiruvannamalai, y, en años posteriores, del Asrama. La mayor parte del tiempo, a diario, la gente se sentaba ante él en silencio. A veces, algunos le formulaban preguntas, y a veces las respondía. Era una gran experiencia sentarse ante él y mirar sus ojos brillantes. Muchos experimentaron que el tiempo se detenía, y también una quietud y una paz más allá de toda descripción.

El jubileo de oro para conmemorar la llegada de Ramana a Tiruvannamalai se celebró en 1946. En 1947 su salud comenzó a resentirse. Todavía no tenía setenta años, pero parecía mucho mayor. Hacia finales de 1948 un pequeño nódulo apareció debajo del codo de su brazo izquierdo. Como seguía aumentando de tamaño, el doctor a cargo del dispensario del Asrama lo cortó. Pero en el plazo de un mes reapareció. Se llamó a algunos cirujanos de Madrás, que le operaron. La herida no se curó, y el tumor reapareció. En posteriores exámenes se diagnosticó que la afección era un caso de sarcoma. Los médicos sugirieron amputar el brazo por encima de la parte afectada. Ramana respondió con una sonrisa: «No hay necesidad de alarmarse. El cuerpo mismo es una enfermedad. ¡Qué tenga su fin natural! ¿Por qué mutilarlo? Bastará con el simple vendaje de la parte afectada». Se tuvo que proceder a realizar dos operaciones más, pero el tumor apareció de nuevo. También se intentó con los sistemas de medicina tradicional, así como con homeopatía. La enfermedad no cedía al tratamiento. El sabio se mantenía completamente despreocupado, y era

supremamente indiferente al sufrimiento. Se sentaba como un espectador observando cómo la enfermedad consumía el cuerpo. Pero sus ojos brillaban tanto como siempre, y su gracia fluía hacia todos los seres. Las multitudes llegaban en gran número. Ramana insistía en que deberían dejarles recibir su *darsana*. Los devotos deseaban ardientemente que el sabio curase su cuerpo a través de un ejercicio de poderes sobrenaturales. Algunos imaginaban que ellos mismos se habían beneficiado de estos poderes que atribuían a Ramana. Él, por su parte, se compadecía de aquellos que se lamentaban por su sufrimiento, y trataba de reconfortarles recordándoles la verdad de que Bhagavan no era el cuerpo: «Dan por hecho que este cuerpo es Bhagavan y le atribuyen el sufrimiento. ¡Qué pena! Se desesperan porque Bhagavan va a dejarles y a partir —pero ¿dónde puede ir, y cómo?»

El final llegó el 14 de abril de 1950. Esa tarde el sabio estaba dando *darsana* a los devotos que llegaron. Todos los presentes en el Asrama sabían que el fin estaba cerca. Se sentaron cantando el himno de Ramana a Arunachala con el estribillo *Arunachala-Siva*. El sabio pidió a sus asistentes que le sentaran. Abrió sus ojos luminosos y bondadosos durante un breve espacio de tiempo. Tenía una cierta sonrisa. Una lágrima de felicidad brotó del borde exterior de sus ojos, y a las 8:47 la respiración se detuvo. No hubo ninguna agonía, ningún espasmo, ninguno de los signos de muerte. En ese mismo momento, un cometa se deslizó lentamente por el cielo, alcanzó la cumbre de la colina sagrada, Arunachala, y desapareció tras ella.

Ramana Maharshi escribía muy rara vez; y lo poco que escribió en prosa o verso fue escrito para cubrir las demandas específicas de sus devotos. Él mismo declaró una vez: «Por una razón u otra, nunca me viene escribir un libro o componer poemas. Todos los poemas que he hecho fueron a petición de uno u otro en relación con algún acontecimiento particular». Su obra más importante es *Los Cuarenta Versos sobre la Realidad*. En el *Upadesa Saram*, que es también un poema, se expone la quintaesencia del *Vedanta*. El sabio compuso cinco himnos a Arunachala. Tradujo al tamil parte de las obras de Sankara, como el *Vivekacudamani* y el *Atma-bodha*. La mayoría de sus escritos están en tamil, pero también escribió en sánscrito, telugu y malayalam.

La filosofía de Sri Ramana —que es la misma que la del *Vedanta Advaita*— tiene como meta la Realización del Sí mismo. La vía central enseñada en esta filosofía es la indagación en la naturaleza del Sí mismo, el contenido de la noción «yo». Ordinariamente, la esfera del «yo» varía y cubre una multiplicidad de factores. Pero éstos no son realmente el «yo». Por ejemplo, nosotros hablamos del cuerpo físico como «yo»; decimos, «yo estoy gordo», «yo estoy delgado», etc. No llevará mucho tiempo descubrir que éste es un uso erróneo. El cuerpo mismo no puede decir «yo», puesto que es inerte. Incluso el hombre más ignorante comprende la implicación de la expresión «mi cuerpo». Sin embargo, no es fácil disolver la identidad equivocada del «yo» con la egoidad (*ahankara*). Esto se debe a que la mente que indaga es el ego, y para eliminar la identificación falsa tiene que extender una sentencia de muerte, por así decir, sobre sí mismo. Esto no es en modo alguno una cosa simple. La ofrenda del ego en el fuego de la sabiduría, es la forma más grande de sacrificio.

La discriminación entre el Sí mismo y él, decimos, no es fácil. Pero no es imposible. Todos nosotros tenemos esta discriminación si reflexionamos sobre la implicación de nuestra experiencia del sueño profundo. En el sueño profundo, «nosotros somos», aunque el ego ha desaparecido. El ego no funciona ahí. Sin embargo, hay el «yo» que presencia tanto la ausencia del ego como de los objetos. Si el «yo» no estuviera ahí, uno no se acordaría al despertar de su propia experiencia de sueño profundo, ni diría: «He dormido felizmente. Yo no sabía nada». Así pues, tenemos dos «yo» —el «seudo-yo», que es el ego, y el verdadero «yo», que es el Sí mismo. La identificación del «yo» con el ego es tan fuerte, que muy rara vez vemos al ego sin su máscara. Y lo que es más, toda nuestra experiencia relativa gira en torno al ego. Con la aparición del ego al despertar del sueño profundo, el mundo entero aparece con él. Por consiguiente, el ego parece muy importante e inaprehensible.

Pero esto es realmente como una fortaleza hecha de naipes. Una vez que el proceso de indagación comienza, se encontrará que el ego se desmorona y se disuelve. Para emprender este proceso de indagación, uno debe tener una mente aguda —mucho más aguda que la que se requiere para desentrañar los misterios de la materia. Para ver la verdad, se necesita un intelecto concentrado (*drsyate tu agraya buddhya*). Es cierto que incluso el intelecto tendrá que disolverse antes de que amanezca la

sabiduría final. Pero hasta entonces, tiene que indagar —e indagar incansablemente. ¡La sabiduría, ciertamente, no es para el indolente!

La indagación «¿Quién soy yo?» no debe considerarse como un esfuerzo mental para comprender la naturaleza de la mente. Su propósito principal es «enfocar toda la mente en su fuente». La fuente del «seudo-yo», es el Sí mismo. Lo que uno hace en la Auto-indagación, es ir contra la corriente de la mente, en vez de correr con ella, y transcender finalmente la esfera de las modificaciones mentales. Cuando el «seudo-yo» es rastreado hasta su fuente, se desvanece. Entonces el Sí mismo brilla en todo su esplendor, y a este brillo se le llama realización y liberación.

La cesación o no cesación del cuerpo no tiene nada que ver con la liberación. El cuerpo puede continuar existiendo, y el mundo puede continuar apareciendo, como en el caso del Maharshi. Eso no constituye ninguna diferencia para el Sí mismo que ha sido realizado. En verdad, para él no hay ni cuerpo ni mundo; hay solamente el Sí mismo, la Existencia eterna (*sat*), la Inteligencia (*chit*), y la felicidad insuperable (*ananda*). Esta experiencia no es totalmente extraña para nosotros. Nosotros la tenemos en el sueño profundo, donde no somos conscientes ni del mundo externo de las cosas, ni del mundo interno de los sueños. Pero esa experiencia está bajo la cubierta de la ignorancia. Por eso retornamos a las fantasías del sueño con sueños y del mundo de vigilia. El no retorno a la dualidad es posible sólo cuando la nesciencia ha sido eliminada. Hacer posible esto es la meta del *Vedanta*. Inspirar incluso al más humilde de nosotros con esperanza, y ayudarnos a salir del Fango del Desaliento, es la significación suprema de ejemplares tan ilustres como el Maharshi.